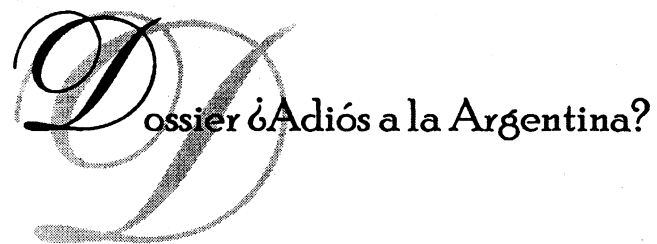


Iñigo Carrera, J. (2005). Argentina: acumulación de capital, formas políticas y la determinación de la clase obrera como sujeto histórico. Razón y Revolución, 14, 87-109.



**Argentina: acumulación  
de capital, formas políticas  
y la determinación  
de la clase obrera  
como sujeto histórico**

por Juan Iñigo Carrera  
.....

Juan Iñigo Carrera es economista, investigador, docente universitario y director del Centro de la Investigación como Crítica Práctica (CICP).

.....

**J**uan Iñigo Carrera sostiene que el capitalismo argentino presenta la especificidad de una acumulación sin desarrollo de las fuerzas productivas. Éste particular fenómeno está determinado por el reciclaje de medios de producción obsoletos por capitales que operan, a nivel local, a una menor escala subsidiados por la renta diferencial y la deuda. Sobre estas bases el autor explica la crisis del 2001 y la caída de De la Rúa como una forma que tuvo el capital de relanzar su acumulación.

### Evidencias inmediatas de especificidad de la acumulación de capital en la Argentina

En “¿Qué crisis?”<sup>1</sup>, expuse una serie de indicadores del límite específico que presenta la acumulación de capital en Argentina. Los actualizo aquí muy brevemente<sup>2</sup>. Luego del marcado crecimiento de 2003/04, el valor del PBI ha alcanzado el nivel que tenía ... en 1974. El de Estados Unidos se ha duplicado desde entonces. En 1974 bastaban 30 Argentinas para sumar el poder adquisitivo de un Estados Unidos; en 2004, hacen falta 60. En 1974, el valor del PBI alcanzaba para comprar 0,95 por habitante por mes de la canasta de bienes del IPC. De 1974 a 2004, la población creció un 46%. De modo que en 2004 la relación cayó a 0,66 de canasta. Por su parte, el empleo apenas aumentó un 34% en los últimos treinta años. De ahí el monstruoso aumento del desempleo, del 4,2% al 18.7%. Semejante crecimiento de la población obrera sobrante para el capital se reflejó en la brutal caída del salario real. Por cierto, el salario creció en 2004. Gracias a este incremento, el salario real de los trabajadores industriales en blanco recuperó el nivel de 1997; es decir, un 47% por debajo del poder adquisitivo que tenía en 1974. Ha logrado equivaler, por fin, a ... la mitad de lo que era hace treinta años. Peor aún le fue al salario promedio de la economía: en 2004 le faltaba más de un 15% para volver al nivel de 1997.

En contraste con el estancamiento de la masa total de valor, la apropiación de plusvalía no ha cesado de crecer. La masa de la plusvalía apropiada por capitalistas

<sup>1</sup>En *Razón y Revolución*, n° 9, otoño 2002.

<sup>2</sup>Por los métodos de cómputo, ver Iñigo Carrera, Juan: “Estancamiento y deuda externa: Evidencias de la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina”, en *Ciclos*, 23, 2002.

y terratenientes subió un 50% entre 1974 y 2004, diez puntos de los cuales se generaron en plena "emergencia económica" del período 2002-04. Semejante contraste entre la miseria creciente de la clase trabajadora argentina y la prosperidad creciente de los apropiadores de plusvalía puede no sorprender a los críticos del capitalismo. Sin embargo, en los países donde la acumulación de capital parece avanzar sin trabas, la multiplicación de la plusvalía ha demandado un desarrollo de los atributos productivos del obrero sujeto a la conservación y, más aún, la suba sostenida del salario real<sup>3</sup>.

La acumulación de capital se ha expandido en la Argentina a expensas del brutal deterioro de la reproducción de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, se ha expandido a expensas de socavar su propia base material: la continuidad de la acumulación tiene por condición el disponer de una fuerza de trabajo portadora de los atributos productivos apropiados, y éstos sólo son reproducibles mediante la venta de dicha fuerza por su valor. ¿Deberíamos concluir que el capitalismo argentino avanza aceleradamente hacia su propia aniquilación?

#### La especificidad de la acumulación de capital en la Argentina<sup>4</sup>

A primera vista, la Argentina parece un país donde el capital industrial se ha desarrollado normalmente. Se observa una marcada tendencia hacia la centralización del capital, con fuerte presencia de los capitales más concentrados del mundo. Pero estos capitales producen aquí en una escala restringida al mercado interno. Sólo exportan sobre bases especiales o en coyunturas muy favorables. He aquí la primera peculiaridad: ¿cómo se explica que, en un mercado interno que hoy apenas alcanza a los 38 millones de habitantes, de los cuales la mitad está por debajo de la línea de pobreza, haya lugar para las fábricas de tantos capitales concentrados?

La respuesta reside en la pequeña escala con que operan estas fábricas en comparación con las utilizadas por las mismas empresas para abastecer mercados internos, sustancialmente mayores, o el mercado mundial mismo. De hecho, muchas fábricas locales utilizan el equipamiento que las mismas empresas han

<sup>3</sup>Entre 1974 y 2003, el salario real industrial creció un 780% en Corea del Sur. Para 2001, el costo laboral horario en la industria coreana era de u\$s 7,80, mientras que en la Argentina apenas llegaba a u\$s 5,60; en 2003 había subido a u\$s 11,90 y caído a u\$s 2,30, respectivamente (Fuentes: BLS, KNSO e INDEC).

<sup>4</sup>Vide Iñigo Carrera, Juan: *La acumulación de capital en la Argentina*, CICP, Buenos Aires, 1998.

desechado por obsoleto en sus países de origen ante la expansión de la escala de producción. Pero pequeña escala, y sus secuelas sobre la actualización técnica, implican menor productividad del trabajo, luego, mayores costos y, así, la imposibilidad de valorizar el capital a la tasa general de ganancia.

La presencia de los capitales más concentrados del mundo<sup>5</sup>, pero que producen en la pequeña escala del mercado interno, ha caracterizado a la industria argentina durante los últimos cincuenta años. Por lo tanto, aquí debe existir un flujo de riqueza social adicional a la plusvalía extraída directamente por dichos capitales, que los compense por los mayores costos originados por la escala restringida.

Hoy día, este flujo surge, en buena medida, de la caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Pero la baratura relativa de la fuerza de trabajo nacional no ha sido históricamente su fuente principal. De haberlo sido, los capitales industriales no habrían restringido su producción local al mercado interno, sino que la habrían dirigido al mercado mundial. La presencia masiva de pequeños capitales locales ha sido uno de los rasgos específicos del proceso argentino de acumulación. Si el precio de producción de sus mercancías se ubica por encima del que corresponde a su capacidad de valorización normal concreta (regida básicamente por la tasa de interés), la plusvalía excedente pasa como ganancia extraordinaria a los capitales más concentrados que se vinculan con ellos en la circulación<sup>6</sup>. Esta ganancia extraordinaria constituye la segunda fuente de compensación para los capitales medios que operan en el país con una escala restringida.

Pero la fuente esencial de compensación la constituye la renta diferencial de la tierra agraria pampeana (en el último cuarto de siglo se ha sumado, con magnitud significativa, la de las tierras con petróleo, gas y fuentes de energía hidroeléctrica). La asociación en la apropiación de la renta entre los terratenientes y el capital industrial concentrado en la escala requerida para competir en el mercado mundial, pero que aquí opera como un capital de escala restringida, es la base sobre la que se ha levantado la especificidad actual del proceso argentino de acu-

<sup>5</sup>Su grado de concentración no es otro que el requerido para poner en acción la productividad del trabajo que determina el valor de las respectivas mercancías en el mercado mundial y, por lo tanto, el requerido para participar activamente en la formación de la tasa general de ganancia. Se trata, pues, de capitales medios o normales, por mucho que a los ojos del pequeño burgués aparezcan como "grandes capitales".

<sup>6</sup>Iñigo Carrera, Juan: *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003, capítulo 5.

mulación de capital. Es, por lo tanto, la base de su retroceso y crisis.

La apropiación de la renta diferencial por el capital industrial ha seguido distintos cursos. En ocasiones ha pasado por las manos del Estado nacional, para ir a parar a los bolsillos de los capitales industriales bajo la forma de subsidios, las compras realizadas por el Estado y sus empleados, etc. Tal es el caso de los precios agrarios internos regulados, el monopolio del comercio exterior y, como ocurre ahora, los impuestos a la exportación. En otros casos, el Estado ha regido el curso de apropiación de modo indirecto. Por ejemplo, mediante la generación de déficit público cubierto con emisión monetaria que convierte a la tasa de interés real en fuertemente negativa, siendo los terratenientes colocadores netos de capital a préstamo. O mediante la sobrevaluación de la moneda nacional, que implica la importación abaratada de insumos industriales y la multiplicación cambiaria de las ganancias remitidas al exterior. Esta última fue la modalidad imperante durante la década pasada, acabando en la crisis violenta de 2001.

Ninguna de estas modalidades de apropiación de la renta de la tierra afecta la capacidad normal concreta de valorización del capital agrario que efectivamente se pone a producir. Pero todas ellas limitan la escala de su aplicación extensiva e intensiva sobre la tierra. Lo cual, a su vez, limita la innovación técnica. A su vez, los capitales industriales que producen mercancías en general tienen su escala específicamente restringida al tamaño del mercado interno. Unos, por ser simplemente pequeños capitales; otros, por ser fragmentos particularmente restringidos de capitales medios. Por lo tanto, dentro del país sólo tienen cabida capitales industriales que operan con escalas ya superadas a nivel mundial por el desarrollo de la productividad del trabajo.

Los capitales medios fragmentados logran así acumularse liberados de los costos que les impone su papel histórico en el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin ir más lejos, pueden convertir algo que ya era chatarra en sus países de origen en un capital flamante listo para valorizarse a la tasa general de ganancia, cuando no a una extraordinaria. Bajo la apariencia de tratarse de un proceso nacional ordinario de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, el proceso argentino de acumulación actúa como freno a ese desarrollo.

### Los límites específicos del proceso argentino de acumulación

La especificidad de la economía argentina se manifiesta respecto de la centralización del capital, en cuanto ésta tiende a liquidar a los pequeños capitales, estrangulando la plusvalía que liberan a favor de los capitales más concentrados.

Pero, al mismo tiempo, la concentración y centralización interna del capital no pueden evitar que se profundice la brecha entre la productividad del trabajo acotada por el tamaño del mercado interno y la que corresponde a la producción para el mercado mundial. A su vez, la privatización de las empresas públicas borra el papel del Estado en la multiplicación del mercado interno. En cambio, suma nuevos capitales que demandan su cuota en la apropiación de la renta de la tierra, el valor de la fuerza de trabajo y la ganancia liberada por los pequeños capitales.

A comienzos de los '70 la renta de la tierra agraria aumentó de manera substancial, multiplicándose por ocho la masa apropiada anualmente por el capital industrial en el período 1972/76 respecto del 1960/71. A partir de este pico, la renta de la tierra agraria se fue contrayendo gradualmente a nivel mundial. Con la renta de la tierra en descenso y el requerimiento por ella en ascenso, la escala de la acumulación argentina de capital vio desgastarse su base específica, entrando en la misma pendiente. Lo cual no hizo sino encoger más aún la ganancia liberada por los pequeños capitales y multiplicar la separación entre la escala del mercado interno y el mundial. Se agudizó así el estancamiento y contracción de la economía nacional, con la consecuente multiplicación de la superpoblación obrera. Sobre esta base, el pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor pasó a ser el factor clave de compensación para los capitales que operan internamente.

La sobrevaluación del peso se impuso, entonces, como la forma de apropiación de la renta que atenúa el estrangulamiento de la escala interna. La sobrevaluación disminuye los costos internos de los capitales industriales que importan medios de producción. Y otro tanto ocurre respecto del valor de la fuerza de trabajo, al abaratare los medios de vida importados. En el mismo sentido juega la rebaja de los impuestos a la importación. Pero la contradicción inherente a la especificidad de la acumulación argentina de capital salta otra vez a la vista. Una parte del capital industrial reproduce su acumulación gracias al abaratamiento de sus medios de producción y fuerza de trabajo mediante la importación abaratada; otra, se ve desplazada, no simplemente por su menor productividad, sino porque se enfrenta a una importación específicamente abaratada por la sobrevaluación. De modo que, así como el proceso nacional de acumulación extiende su reproducción sobre la base de la sobrevaluación y la apertura importadora, esta base no hace sino agudizarle su estrangulación.

Para sostener la moneda fuertemente sobrevaluada por diez años se requiere contar con una reserva de divisas cuya magnitud frene toda corrida en su contra.

Pero una economía nacional cuya magnitud de valor retrocede, cuya reproducción requiere expandir las importaciones, y con la renta de la tierra tendiendo a contraerse, no tiene modo de generar esas reservas por sí misma. ¿De dónde las obtenía la economía argentina?

### Reproducción de la especificidad y endeudamiento público externo

Existe la idea -crítica, en apariencia- de que el pago de la deuda pública externa ha implicado una sangría permanente de riqueza que ha causado el colapso de la economía nacional. Sin embargo, a partir de la década de 1960, y hasta el 2001, la Argentina recibió un flujo neto de riqueza social vía la expansión efectiva del endeudamiento público externo por encima de los vencimientos de capital e intereses<sup>7</sup>. Con estos fondos adicionales, más el producto de la privatización de las empresas públicas a manos de capitales extranjeros, el Estado nacional formó durante los '90 las reservas que sostenían la sobrevaluación. Pero la sobrevaluación misma estimulaba al flujo de divisas hacia el exterior por el sector privado. De modo que, así como el Estado engrosaba las reservas aumentando su endeudamiento externo, el sector privado las drenaba hacia el exterior. Lo cual renovaba la necesidad de ampliar dicho endeudamiento, sólo para mantener la sobrevaluación del peso.

Este círculo vicioso de apropiación privada de riqueza social a través de la política activa del Estado neoliberal, se sostenía sobre dos ficciones, una externa y otra interna. La ficción externa brotaba del avance de la superproducción general de capital en la economía mundial. A partir de mediados de los '70, la acumulación mundial de capital entra en una de sus fases en que se hace visible la necesidad del capital de expandir la producción material más allá del consumo social que él mismo determina; o sea, la acumulación de capital entra en una fase de creciente superproducción general. Ante la imposibilidad de encontrar compradores solventes, la producción expandida se absorbe expandiendo el crédito a deudores crecientemente insolventes. El capital producido en exceso pasa a circular como capital ficticio, o sea, como un capital colocado en títulos de crédito que aparenta conservar su capacidad de valorización por la mera adición de unos intereses tan irrealizables como él mismo. Cuanto más irrealizables se tor-

<sup>7</sup>Vide Iñigo Carrera, Juan: "Estancamiento y deuda externa: Evidencias de la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina", en *Ciclos*, 23, 2002.

nan estos intereses, más crece su tasa, multiplicando así la apariencia de valorización. El crédito engendra a la especulación con toda clase de títulos sobre rentas futuras. Llega así el punto en que la producción capitalista parece no tener más contenido que el de una "cadena de la felicidad". Pero este divorcio creciente entre capital real y capital ficticio no es sino la forma concreta en que se expresa la organización de la materialidad de la producción social. Por lo tanto, no puede ampliarse indefinidamente. La unidad del contenido material y su forma social se abre paso, tarde o temprano, mediante una crisis de superproducción general donde la realidad del capital ficticio se hace violentamente visible. La fase actual de expansión del capital ficticio presenta la particularidad de haberse extendido largamente sin haber culminado aún en una crisis sustancial. De manera periódica, deja escapar presión en una crisis de superproducción limitada. Tomando el PBI de Estados Unidos como indicador, así ocurrió en 1974, 1981, 1990 y 2000. Pero, lejos de liquidar el capital ficticio, la salida de estas crisis se sostuvo en la expansión acelerada de la deuda y, por lo tanto, en una nueva multiplicación de la presión latente.

Consideremos esta ficción internacional en relación con la especificidad argentina. En las fases en que el avance de la superproducción general conserva la apariencia de ser un mero proceso de acumulación basado en el crédito, los capitales que operan en el país y el Estado nacional acceden al flujo internacional expandido de capital ficticio. Pero cuando la superproducción se abre paso por encima del crecimiento del capital ficticio, desnudando el carácter de éste, el chorro se estrangula. Entonces, se torna crítica la ficción interna: la continuidad del acceso ampliado al capital ficticio mundial tiene, como condición, la capacidad aparente de la economía nacional para afrontar los servicios correspondientes. Y fue aquí que la sobrevaluación del peso como base específica para la reproducción del proceso nacional de acumulación se mordió la cola. Asociada con una producción de valor estancada, esta sobrevaluación sólo podía sostenerse mediante la ampliación del endeudamiento público externo para reponer las reservas de divisas que la misma sobrevaluación alentaba al sector privado a drenar. Pero las mismas apariencias creadas por la sobrevaluación y la "apertura económica" respecto del tamaño y crecimiento de la economía argentina, sostenían la ficción interna de aparente solvencia para pagar la deuda externa. Ya en 1982 había estallado esta modalidad unitaria de la ficción externa y la interna. Para 2001, se había sumado a la ficción interna el aporte de las privatizaciones. Pero la realidad también se abrió paso aquí. Se agotaron los bienes públicos privatizables. El choque del proceso nacional de acumulación de capital contra su

límite específico se hizo notable en el estancamiento y retroceso del valor del producto interno y, de manera brutal, en el crecimiento del desempleo. Y contra este estancamiento y retroceso resaltaba cada vez más el continuo crecimiento de la deuda externa pública, por la adición al saldo de los intereses devengados y el ingreso efectivo de nuevos fondos. A su vez, esta evidencia empujaba hacia arriba a la tasa de interés, aumentando el saldo de la deuda de manera explosiva.

La crisis mundial y la crisis nacional, agudizada como expresión de la primera, tornaron insostenible la expansión efectiva de la deuda para reponer las reservas de divisas drenadas por el sector privado. Este proceso dio sus dos últimos estertores: el "blindaje" y el "megacanje". La imposibilidad de una nueva expansión efectiva explotó, entonces, como una crisis del endeudamiento público externo. La evidencia de que el Estado no podía reponer las reservas aceleró su drenaje privado, haciendo más evidente aún que la sobrevaluación del peso marchaba a su fin. Se desató abiertamente la corrida contra los depósitos bancarios para convertirlos en dólares contantes y sonantes, aun cuando ellos se encontraban nominados en moneda extranjera y a cargo de los mayores capitales bancarios del mundo. Se trataba de dos ficciones más hechas añicos. El capital bancario demandó al Estado nacional que le preservara la ficción de su solvencia. El Estado respondió imponiendo el "corralito" a los depósitos. La crisis económica explotó por todos lados: se cortó todo tipo de crédito, cayó violentamente la recaudación impositiva, se multiplicaron las quiebras y cierres de empresas, la desocupación no paró de crecer, etc. La inminencia de la devaluación anunciaba más caída del salario real, aumento de costos y pérdidas incontrolables en una economía nacional que tenía la generalidad de sus contratos internos nominados en moneda extranjera. La reproducción del proceso nacional de acumulación de capital sobre su base específica pasaba necesariamente por una violenta contracción del nivel de actividad, una caída substancial del salario real y el *default* internacional. ¿Qué forma política iba a tomar?

### La representación política de la acumulación de capital en la Argentina

En sus orígenes, la clase terrateniente ejercía la representación política general del proceso nacional de acumulación de capital. Pero a medida que el capital industrial fue tomando peso en su condición de socio en la apropiación de la renta de la tierra agraria, los terratenientes pasaron a segundo plano. El desarrollo del ámbito nacional como un espacio para la acumulación de los capitales

normalmente concentrados a escala mundial pero que desprenden fragmentos para ponerlos a valorizar aquí del modo específico visto, tenía por condición la presencia masiva del pequeño capital. Esta presencia da al mercado interno el tamaño mínimo necesario y se constituye en una de las fuentes de compensación de la escala específicamente restringida de dichos fragmentos. Históricamente, entonces, el desarrollo de la especificidad actual de la acumulación de capital en la Argentina pasó por la transformación general de la renta de la tierra en una masa de pequeños capitales nacionales. Esta expansión del pequeño capital no sólo absorbió a la población obrera ya en activo sino que la multiplicó en masa. Se presentó, así, como la génesis misma de la clase obrera argentina.

El mismo origen nacional de los pequeños capitalistas y el cierre de la producción industrial sobre el mercado interno le daban, a esta fase de desarrollo de la especificidad, la apariencia política de ser un proceso de afirmación de la autonomía nacional. De igual modo jugaban la cancelación de la deuda pública externa y la nacionalización de los servicios públicos, aunque no tenían otro contenido que el ser el último zarpazo dado sobre la renta de la tierra por los capitales extranjeros que originariamente participaban en su apropiación. La pequeña burguesía y la clase obrera nacionales confluyeron entonces en la expresión política general con que se engendró la especificidad actual del proceso nacional de acumulación de capital durante la década de 1940: el populismo peronista.

De allí en más, la reproducción inmediata de la clase obrera argentina como una población obrera en activo y la de la pequeña burguesía nacional como tal, quedó ligada a la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación. Y esta reproducción no engendró sino la entrada masiva de los capitales concentrados de manera normal a escala mundial, pero que operan específicamente fragmentados dentro del país, a partir de la década de 1950. Por su origen externo, a estos capitales no les cabe estar representados políticamente en el país por su propia burguesía. Pero, con su acumulación puesta como condición para la reproducción de la economía nacional, pueden delegar su representación política interna en el mismo movimiento populista y en el cuerpo diplomático de sus países de origen. El "desarrollismo" expresó de manera acabada esta representación política. Más aún, en todo momento, la apropiación de la renta de la tierra se ha realizado con la mediación de la acción del Estado nacional como representante político general del capital total que se valoriza en el país. La propia burocracia estatal, en particular la armada, cobró así la capacidad para detentar una representación política aparentemente propia.

Cuando la acumulación nacional de capital florecía por la expansión circuns-

tancial de la renta de la tierra, llegaba la hora de la presencia visible del Estado nacional en la apropiación de la misma, la expansión del empleo, la suba del salario, el florecimiento del pequeño capital. La expresión política general de la acumulación nacional quedaba, entonces, en manos de un gobierno democrático populista con presencia de los representantes de la pequeña burguesía y la clase obrera. El populismo de estos gobiernos era más vigoroso o más tibio -lo cual tenía por condición la proscripción política del populismo pleno- según la intensidad de la fase expansiva a la que daban forma concreta. En cambio, el momento de la contracción -con la consiguiente caída del empleo, del salario, el paso de los mecanismos de apropiación de la renta a un segundo plano, la quiebra del pequeño capital y el avance del capital extranjero en el proceso de centralización- se expresaba políticamente a través del liberalismo. Pero éste no tenía cómo imponerse mediante la formalidad democrática. De modo que el gobierno lo tomaba una dictadura militar en la cual participaban activamente los directivos locales de los capitales extranjeros y los siempre presentes pequeños burgueses nacionales, cuyos capitales están lo suficientemente concentrados como para valorizarse de manera semejante a la de aquéllos. Como es obvio, esta parte de la pequeña burguesía participaba directamente en ambas formas políticas, sacando buen provecho de su papel.

Como producto de la especificidad del proceso nacional de capital, la izquierda argentina no ha pasado de representar políticamente su reproducción. En esta reproducción no le cabía ser el representante político general de la clase obrera. Su papel específico se encontraba acotado a ponerse al frente de las luchas por el salario y el gobierno democrático con que se abrían las fases expansivas, bajo la apariencia de que podía estar en juego la superación misma del modo de producción capitalista. Pero, cuando la expansión se consolidaba, los partidos de izquierda se veían sobrepasados por el simple populismo. Y en cuanto comenzaba la contracción, se convertían en chivo expiatorio para la violencia de la dictadura militar.

De hecho, no ya la oscilación entre fases expansivas y contractivas, sino la tendencia al estancamiento y retroceso de la escala de la economía argentina se abrió hace treinta años bajo la forma política de la más sangrienta de las dictaduras militares. Esta se impuso sobre la apariencia de que la expansión del proceso nacional de acumulación daba curso a su superación socialista. De ahí en más, la reproducción de la especificidad de la economía argentina arrastró tras de sí la liquidación creciente de la pequeña burguesía y la transformación de la clase obrera en una población sobrante para las necesidades del capital. Pero tanto una

como otra clase siguieron sujetas, en la reproducción inmediata de lo que les quedaba, a la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación. La alianza entre la pequeña burguesía y la clase obrera siguió detentando la representación política general de este proceso. Pero ahora los períodos de expansión circunstancial de la renta ya no alcanzaban a revertir las manifestaciones del carácter sostenido del retroceso. Con lo cual la democracia adquirió continuidad pese a la profundización de las crisis. Es así que, a través del discurso formalmente populista, toma forma política concreta la realización cada vez más descarnada de una acumulación de capital que sólo puede reproducir a la pequeña burguesía y a la clase obrera a expensas de aniquilarlas aceleradamente en abierto beneficio de los capitales más concentrados.

### La reproducción de la especificidad vía la crisis de la representación política

Ahora bien, la devaluación inevitable iba a ir acompañada por una caída del salario real de tal magnitud que sólo podía regirla un gobierno capaz de garantizar la parálisis absoluta del movimiento obrero. Y esta capacidad le correspondía al peronismo. Al mismo tiempo, tampoco podía declarar el *default* internacional el gobierno que prometía pagar la deuda y mantener la convertibilidad a rajatabla. Dada su naturaleza, la devaluación y la cesación de pagos necesitaban tomar la forma política de una afirmación de la autonomía nacional. Otra vez, el populismo peronista era la expresión política apropiada. Pero el gobierno de la Alianza se encontraba en medio de su mandato. El peronismo sólo podía llegar al poder previa caída de De la Rúa.

En estas condiciones, el derrocamiento no sólo iba a tomar una forma democrática, sino que iba a presentarse como la expresión más plena del ejercicio democrático por las propias bases sociales del gobierno de la Alianza: una crisis de la legitimidad de la representación política sobre la cual se impusiera el ejercicio de la democracia directa por la pequeña burguesía y la porción de la clase obrera que realiza el trabajo más complejo.

Sin embargo, para alcanzar la plenitud necesaria, esta crisis política necesitaba de un detonante que no podía quedar librado a la acción espontánea y horizontal de dichos sujetos sociales. Y este papel lo iban a jugar los saqueos. Es público y notorio que, en la provincia de Buenos Aires, los saqueos fueron impulsados por el aparato del partido Justicialista, cuya dirección ejercía Duhalde<sup>1</sup>. El 19 de

<sup>1</sup>Amato, Alberto y Lucas Guagnini: "La trama política de los saqueos de diciembre", en

diciembre, la ciudad fue dominada por los rumores de que los saqueadores iban a avanzar sobre los comercios y viviendas de los barrios más prósperos. El presidente declaró el estado de sitio. Pero insistió en que no iba a dejar el poder; un poder ya socavado hasta el grotesco. Y, en este clima, se produjo la explosión: los cacerolazos de la pequeña burguesía y de la clase obrera de trabajo calificado, seguidos de la marcha sobre Plaza de Mayo. El gobierno, impotente, reprimió brutalmente a sus propias bases sociales. El presidente huyó al grito de “que se vayan todos”.

Pero no se fueron todos. Caído el gobierno, el Congreso eligió presidente a Rodríguez Saá, que se presentaba como la más pura reencarnación del populismo nacionalista. Se declaró el *default*, festejado como un triunfo nacionalista por los mismos legisladores que habían avalado la acción neoliberal de Menem. Pero esta línea del populismo tenía una expresión directa en el movimiento sindical. Y, declarado el *default*, la reproducción del proceso nacional de acumulación imponía reabrir las negociaciones con el FMI y devaluar, con la consiguiente violenta baja del salario real y la expansión del desempleo. Apenas en una semana, se había agotado el tiempo de que Rodríguez Saá actuara como el representante político general de esa reproducción. La estructura política que lo había designado le retiró el apoyo. Su vinculación con la burocracia sindical y algún adláter con frondoso prontuario bastaron para un nuevo cacerolazo. Tras su renuncia, el Congreso designó a Duhalde.

En la caída del gobierno el 20 de diciembre de 2001 confluyeron dos formas de acción popular. En las zonas de mayor pauperismo, los saqueos. En las zonas más prósperas y cercanas al centro, los cacerolazos y la marcha sobre Plaza de Mayo. A través de la unidad de determinación de estas dos acciones políticas, de forma y contenido aparentemente contrapuestos, el proceso nacional de acumulación de capital se reprodujo, una vez más, sobre su base específica.

### **La negación a la clase obrera argentina de sus potencias históricas genéricas**

La clase obrera no tiene más relación social general que la acumulación de capital. Esta es la que le determina su propio ser social como sujeto revolucionario. De modo que las potencias históricas de la clase obrera no brotan de modo exterior a la acumulación misma, como si fueran la abstracta negación de ésta. Al contrario, la clase obrera sólo puede superar al capitalismo porque éste le impo-

“El estallido de violencia social”, *Clarín*, 19/5/2002.

ne tomar en sus manos la realización de su propia razón histórica específica de existir: el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad mediante la transformación de las potencias del trabajo libre individual en potencias del trabajo social, bajo la forma concreta antagónica de la socialización del trabajo privado. Esta socialización tiene por forma necesaria la centralización del capital, esto es, la confluencia de los capitales individuales hacia su unidad inmediata como capital total de la sociedad. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que esta centralización se realiza como un atributo directamente propio del capital total de la sociedad, aniquilando todo límite privado a su interior. Esto es, dicha acción política es la forma concreta en que el desarrollo específicamente capitalista de las fuerzas productivas materiales de la sociedad avanza en su realización como una potencia directamente social que trasciende su misma forma privada capitalista.

En oposición a la potencia histórica genérica del modo de producción capitalista, la acumulación de capital se ha desarrollado en la Argentina sobre la base de excluir del país de la operación del capital industrial con la escala requerida para participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Hacia ella ha fluido una masa extraordinaria de riqueza social bajo la forma de renta diferencial de la tierra agraria. Pero en vez de transformarla en un capital concentrado en la escala demandada por dicho desarrollo, el capitalismo argentino la ha despilfarrado, alimentando capitales cuya mera existencia implica retroceder en él. En primer lugar, ha alimentado a los pequeños capitales, incapaces ya de poner en acción la productividad normal del trabajo por la insuficiencia de su monto. En segundo lugar, ha alimentado a los capitales de monto normal en su escala mundial, pero que se fragmentan en pequeña escala para operar en el país, liberados así de su necesidad genérica de desarrollar la productividad del trabajo para valorizarse. Por lo tanto, este despilfarro ha llevado en sí la negación del desarrollo histórico de las fuerzas productivas de la sociedad propio del modo de producción capitalista.

### **La reproducción actual de la especificidad y su forma política**

El proceso argentino de acumulación de capital reprodujo su base específica a lo largo del más de medio siglo que desembocó en la crisis de 2001/02. Sólo que, de las iniciales glorias aparentes del desarrollo industrial sobre la base de la abstracta “sustitución de importaciones”, tuvo que pasar a reproducirse sobre bases tan precarias como el endeudamiento externo desaforado y la malversación de



las empresas públicas, y tan infames como la acelerada miseria de la clase obrera.

La devaluación no se detuvo en la paridad del peso. Lo subvaluó alrededor del 30% en 2002, yendo más allá del mero movimiento propio de la crisis. Más aún, la subvaluación se mantiene hasta hoy (alrededor del 20% para 2004). Si la sobrevaluación sostenía la reproducción de parte del capital industrial del ámbito nacional al abaratar sus costos, la subvaluación no sólo esteriliza esta ventaja sino que suma costos a los originados por la escala restringida. Pero, al mismo tiempo, abre a los capitales de escala limitada la posibilidad de acceder al mercado mundial. Lo hace tanto por permitir la apropiación de una masa de riqueza social que compensa los costos provenientes de la pequeña escala, como por constituirse ella misma en una base para la expansión relativa de la escala de la producción interna. Y también contribuye a esta expansión al desplazar del mercado interno a las importaciones encarecidas. Pero el secreto del acceso al mercado mundial, pese a la pequeña escala, no se agota en la subvaluación. Su fuente más substancial es la brutal caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo.

Se trata de dos bases por completo ajenas a operar con la productividad necesaria para competir normalmente en el mercado mundial. Pero bastan para que los voceros ideológicos de la forma específica que tiene la acumulación argentina de capital pretendan que ésta ha renacido sobre un nuevo eje: el paso, del estrecho mercado interno, al inmenso mercado mundial. Pero la realidad ha mostrado que ni siquiera esas crudas bases resultan suficientemente atractivas para el capital: en 2002 y 2003, las exportaciones industriales de origen no agrario cayeron un 8% respecto de 2001. Recién en 2004, estas exportaciones se expandieron un 15% por encima de su valor en 2001. Pero, para entonces, la importación de automotores superaba a la de 2001 en un 124%. Con subvaluación y todo, el grueso de las exportaciones llamadas de "origen industrial" siguen sin hacer más que compensar importaciones.

Ocurre que, de producir desde el país en la escala correspondiente al mercado mundial sobre la simple base de la baratura de la fuerza de trabajo, los capitales que por su concentración mundial estarían en condiciones de hacerlo, perderían las ventajas provistas por la especificidad nacional actual. Dejarían de contar con un proceso nacional de acumulación que les permite convertir su chatarra en capital que puede valorizarse, incluso, a una tasa extraordinaria de ganancia. Sólo ante el agotamiento absoluto de esta fuente de valorización, que los libera de los costos implicados por el desarrollo de las fuerzas productivas, los capitales en cuestión podrían tener interés en convertir a sus fragmentos locales en masas

concentradas en dicha escala. Fuerza de trabajo barata pueden encontrar en muchos lados; acumularse a contrapelo de su papel histórico en la magnitud con que lo hacen en la Argentina, no.

Lo que sí se expande, con la subvaluación, es la aplicación extensiva e intensiva del capital agrario sobre la tierra, trabada por la sobrevaluación anterior. Y, por sobre todo, la renta de la tierra. Durante el 2002, el precio de la soja subió sólo un 10%, mientras que la producción total de granos lo hizo en un 3%. Pero la suma de la ganancia del capital agrario más la renta de la tierra potencialmente apropiable por los terratenientes, y neta de retenciones, se multiplicó por casi 2,5 en poder adquisitivo interno constante. La renta petrolera siguió una evolución similar. Recién a partir de 2003 y, particularmente en 2004, la expansión de la producción y el aumento de los precios en el mercado mundial pasaron a tener un peso significativo en la suba de la renta, más que compensando el retroceso de la subvaluación. Sin embargo, ésta sigue pesando significativamente en el aumento de la renta de la tierra apropiable por los terratenientes. Y su efecto, en tal sentido, sigue ubicándose por encima del de las retenciones. ¿De dónde surge, entonces, la masa de riqueza social que fluye hacia los terratenientes por la subvaluación del peso?

Ante todo, una parte de la renta proveniente de la subvaluación se esteriliza para los terratenientes, si éstos la giran al exterior. Ante la crisis interna, y en particular del sistema bancario, los terratenientes calman su espíritu colocando parte de su renta fuera del país. En el caso de la renta petrolera, el propio Estado nacional alivia la presión sobre el peso subvaluado al legitimar que una parte de esa renta (hasta el 70% del valor total exportado) quede directamente en el exterior. Por su parte, con la subvaluación, los capitales industriales que remiten al exterior sus utilidades realizadas internamente -multiplicadas por la mayor caída del salario-, ceden parte de las mismas a favor de la renta de los terratenientes.

La cuestión de la fuente de la renta que pasa vía la subvaluación del peso se reduce, pues, por una parte, a la porción suya que se realiza al venderse las mercancías que la portan para el consumo individual en el mercado interno y, por la otra parte, a la que se realiza mediante el ingreso definitivo al país de las divisas provenientes de las ventas en el mercado mundial.

La primera parte se nutre brutalmente del hambre de la clase obrera argentina: la canasta básica de alimentos, donde se reflejan los precios de las mercancías agrarias portadoras de la renta, se incrementó un 45% en 2002 y otro 17% en 2003, mientras que el índice de salarios nominales sólo lo hizo en un 3% y un 12%, respectivamente.

Para realizar la segunda parte, el Estado nacional debe disponer de los pesos necesarios para convertir las divisas provenientes de la exportación. La primer fuente son los impuestos a la exportación. Con su tasa inferior a la subvaluación, estos impuestos la esterilizan sólo parcialmente. Pero, como no todas las divisas correspondientes a la exportación de las mercancías gravadas pasa por la mediación cambiaria, mientras que toda esa exportación paga el impuesto, el efecto neto de éste se ve multiplicado.

La segunda fuente de riqueza social que pasa a los terratenientes por la mediación del Estado nacional en el sostenimiento de la subvaluación del peso es, ahora de manera específica, el valor de la fuerza de trabajo de los empleados públicos. Más allá de las retenciones a la exportación, la recaudación impositiva se sostiene en el aumento nominal de los precios. Pero los salarios reales del sector público caen un 21% en 2002 y otro 7% en 2003. La necesidad estatal de disponer de pesos para cubrir la subvaluación se encuentra acotada al saldo neto de las transacciones privadas que pasan por la mediación cambiaria. Pero con la suba de los precios de las mercancías agrarias y petroleras en el mercado mundial, dicho saldo aumenta sustancialmente, pese al aumento de las importaciones originada por la fase expansiva en que entra el proceso nacional de acumulación.

A la vez, los fondos públicos provenientes de las retenciones y del abaratamiento real de la fuerza de trabajo del Estado no tienen por único destino el sostenimiento de la subvaluación. Sostienen la reproducción de la forma específica del proceso nacional de acumulación en su unidad. Esto incluye sostener la subvaluación, pero también los subsidios a las empresas de los servicios públicos privatizados, el paliativo oficial al pauperismo inherente a esta reproducción (inherente, tanto en cuanto la misma genera el pauperismo, como porque ella necesita tomar forma política concreta en la graduación del avance hacia la miseria absoluta), aportar fondos a los bancos para el retiro de los depósitos bajo amparo judicial, etc.<sup>9</sup>. En consecuencia, el Estado nacional requiere de una fuente adicional de pesos para sostener la subvaluación.

Esta fuente es la emisión monetaria. Esta emisión no es más que la forma en que una parte de la riqueza social pasa a las manos de los terratenientes vía la subvaluación. Sigamos su curso. En primer lugar, la multiplicación de la moneda es absorbida por la reproducción general de la circulación interna a los precios incrementados que reflejan la devaluación. En segundo lugar, la contracción de

<sup>9</sup>Al tercer trimestre de 2004, las transferencias del sector público al privado superaban en un 26% al total de salarios de la administración nacional (Fuente: en base a ASAP).

la economía nacional, bajo la forma de una crisis bancaria, limita la extensión del dinero bancario en la fase expansiva. Con lo cual, esta nueva fase absorbe una cantidad proporcionalmente mayor de billetes. En tanto la circulación absorbe la emisión monetaria sobre estas bases, los terratenientes realizan efectivamente la renta de la tierra portada en la subvaluación del peso. La fuente real de riqueza social que apropián así es, en esencia, la agudización de la caída de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo.

Pero otra parte de la emisión monetaria se reabsorbe mediante la expansión del crédito al Estado nacional vía las letras del Banco Central. Sin siquiera haberse cerrado la crisis del capital ficticio mediante la renegociación de la deuda en cesación de pagos, se abre una nueva fase expansiva del crédito al deudor insolvente. ¿Quién provee este crédito con que se realiza la renta? Ante todo, otra vez, la clase obrera a través de sus fondos jubilatorios en manos de las AFJP. Pero también participa en esta provisión la propia clase terrateniente, en tanto coloca su renta floreciente en los nuevos títulos públicos. En este último caso, la realización de la renta proveniente de la subvaluación cierra, por así decir, sobre sí misma. Lo que los terratenientes reciben del Estado nacional con una mano, es lo que le han prestado con la otra<sup>10</sup>.

En esta reproducción de la especificidad nacional de la acumulación de capital, el Estado no se limita a ampliar internamente su deuda. Siguiendo un movimiento contrapuesto, cancela los vencimientos con los organismos internacionales. Entre el 2002 y el tercer trimestre del 2004 gira un neto de u\$s 9.300 millones. O sea, 2,4% del valor del PBI del período. La promesa de mantener un alto superávit para garantizar los servicios futuros de la deuda renegociada puede no ser más que eso, una promesa realizada para lograr una quita de la deuda pública externa restante. Pero el pago realizado es real. ¿Significa esto que está cambiando sustancialmente la especificidad del proceso nacional de acumulación? ¿Acaso el capital acreedor de la deuda pública externa está desplazando al capital industrial fragmentado en la apropiación de la renta de la tierra? De ser así, la especificidad argentina estaría retornando al pasado. Porque, hasta mediados de los '40, no fue el segundo, sino el primero, quien se benefició centralmente, siempre en asociación con los terratenientes, con la renta de la tierra.

La cuestión es si uno de ellos tiene la fuerza sobre el otro como para quedarse

<sup>10</sup>Se repite así la ficción vigente durante la década del '30, de realización de la renta portada en la subvaluación del peso con los préstamos recibidos de los terratenientes. Ficción que mostró su verdadero contenido en la década siguiente, con el desarrollo de la tasa de interés real negativa.

con la parte del león, cualquiera sea el total disponible. De hecho, hasta aquí el capital industrial fragmentado ha mostrado disponer de esa fuerza hasta el punto de haber sostenido su valorización a expensas del capital acreedor. Esta fuerza no brota de la nada. En primer lugar, es a él a quien se le escapa originariamente la plusvalía que se transfigura en renta diferencial de la tierra. En segundo lugar, como ya vimos, hoy día el capital a préstamo es en gran medida una masa de riqueza ficticia engendrada para sostener el movimiento del capital industrial. Y esto no ocurre simplemente en la Argentina, sino en el mundo.

Más aún, los pagos realizados a partir del *default* se asocian directamente con dos circunstancias. En primer lugar, corresponden a la devolución de préstamos que tuvieron por fin específico mantener el nivel de reservas ante la crisis de la convertibilidad. De modo que, en esencia, el pago de capital no se realiza con los ingresos corrientes del Estado nacional, sino con los mismos fondos recibidos en dicha oportunidad. A su vez, parte de los intereses pagados se compensan con los intereses ganados por la colocación de las mismas reservas en títulos de la deuda pública norteamericana. Otra parte se cubre con la emisión de nueva deuda pública interna; con lo cual, lo que retira un tipo de acreedor es lo que aporta otro. Se trata de la sustitución del acreedor internacional más fuerte (el FMI) por otro más débil, ya que se encuentra sometido al poder del Estado nacional (los salarios capitalizados en las AFJP y los rentistas agrarios). Más aún, mal podría tratarse de que los acreedores públicos externos van a pasar a ser los beneficiarios de la especificidad nacional cuando acaba de negociarse una quita de sus acreencias, un período de gracia de 20 a 25 años para el pago del capital remanente, la rebaja de la tasa de interés y la capitalización forzosa de parte de los intereses a devengarse. El pago realizado al acreedor más fuerte es, en realidad, la condición para gestionar la quita al resto. A su vez, el objetivo declarado de la renegociación es la reapertura del flujo de capital a préstamo internacional hacia la Argentina. Y el único fin inmediato de esta reapertura es la reproducción de la especificidad existente y, por lo tanto, el beneficio para los capitales fragmentados. Sin ella, ya en el año en curso, la reproducción de estos capitales resulta incompatible con los vencimientos de intereses y amortización de la deuda nueva y la renegociada. Lo que vaya a ocurrir con la bola de nieve de los intereses capitalizados y la amortización del capital dentro de 30 años, o siquiera dentro de 10 años, con las tasas progresivas de interés a cancelar, es algo que a los capitales en cuestión, como ocurre con el capital en general, los tiene absolutamente sin cuidado.

Desarrollado el momento particular de la reproducción de la especificidad

de la acumulación de capital mediante la crisis de la representación política, dicha reproducción retomó su forma política general. En las elecciones parlamentarias de octubre de 2001, hubo 21% de votos en blanco y anulados, y la abstención alcanzó al 26%. En las presidenciales del 2003, el primer porcentaje se desplomó al 2,5% y el segundo se redujo al 20%. En la primera ronda, parecía que el neoliberalismo más crudo podía retomar de inmediato la representación política general del proceso nacional de acumulación. Pero, ya reabierto la negociación por la deuda externa, se imponía ahora la puja por la quita. Al mismo tiempo, sin aire siquiera para llevar el peso a la paridad y con la sustancial caída del salario, la reproducción de la especificidad pasaba por un resurgimiento de la "sustitución de importaciones". Había llegado el momento de una representación política que apareciera reafirmando la autonomía nacional, pero no ya en su versión farsesca, sino en la adusta del "capitalismo en serio". Además, la explosión de la miseria imponía la asistencia estatal masiva a los desempleados. El populismo volvía a ser la expresión política general del proceso nacional de acumulación de capital. Pero de un proceso que no daba más que para un populismo tímido en manos de un candidato de compromiso. Sin embargo, ya en las vísperas electorales había empezado a generarse la suba de la renta de la tierra. La reproducción de la especificidad iba tomando una forma mucho más vigorosa. Y de la timidez inicial, la representación política populista fue cobrando vigor en la apariencia de un populismo pleno. El aparente salto adelante en la acumulación de conciencia transformadora dejaba su lugar al resurgimiento de las ilusiones y esperanzas acerca de esta representación política. La cual, como fuimos viendo, no tiene más contenido que la continuidad de la multiplicación de la plusvalía a expensas del valor de la fuerza de trabajo.

### **La superación de la especificidad por la acción política de la clase obrera**

En 2004, la renta de la tierra potencialmente apropiable por los terratenientes y neta de retenciones (más la ganancia del capital agrario) representó un 9% del PBI. En términos de poder adquisitivo constante, superó en un 55% a la apropiada en 2001 y en un 70% a la del promedio 1992/2001. El nivel del 2004 provino, por cierto, del aumento en el volumen de la producción. Pero, substancialmente, de la suba de los precios internacionales. En contraste, para 2005 se anticipa una caída de precios próxima al 30%, mientras que la producción sólo crecería el 12% (SAGPYA, 3/05). Así, se aflojaría una de las patas específicas de la

recuperación económica que llevó el valor del producto social al nivel de 1974. De la expansión de la renta por la suba internacional de precios sólo quedaría en pie la de las tierras petroleras y gasíferas (EIA, 2/05). Pero esta renta es menor que la agraria y sus modalidades de apropiación limitan su efecto sobre la unidad general de la economía nacional.

Con la renta de la tierra en retroceso, la reapertura del flujo de capital ficticio hacia la Argentina se presenta nuevamente como base específica para la continuidad de la mísera recuperación de la escala de la producción nacional. Así y todo, esta entrada lleva consigo la posibilidad de esterilizar la subvaluación del peso y, por lo tanto, la de socavar esa misma recuperación. Se trata de un círculo vicioso cuyo verdadero sostén es el pago de la fuerza de trabajo marcadamente por debajo de su valor.

Podría parecer que la clase obrera argentina no tiene más potencia social que la esperanza de una suba de la renta de la tierra, que reproduzca el proceso nacional de acumulación con migajas adicionales para ella. O la más combativa de resistirse a este proceso de pauperización creciente, para hacerlo lo más lento posible y paliar sus consecuencias inmediatas. O, ya en el polo de la combatividad plena, la de expropiar los capitales presentes en el país, sólo para encontrarse dueña de unos medios de producción estériles para el desarrollo de las fuerzas productivas.

La cuestión es si la propia relación social general actual de la clase obrera argentina lleva en sí una potencialidad histórica objetiva distinta a la que viene realizándose. Tal potencialidad no puede ser sino una forma concreta específica de la determinación histórica general del modo de producción capitalista, a saber, del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad mediante la socialización del trabajo privado. Se trata de oponerle, a la fuerza que tiene la acumulación del capital sobre la base de liberarse del desarrollo de su papel histórico, la fuerza arrolladora que tiene cuando sí cumple con ese papel. Más aún, cuando esta acumulación puede alimentarse de una fuente de plusvalía extraordinaria de la magnitud de la renta de las tierras agrarias y de las que contienen fuentes de energía en Argentina.

El capital industrial sólo puede participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad desde el ámbito nacional si se concentra en la escala requerida para competir en el mercado mundial. Este grado de concentración excluye la participación de los pequeños capitales y de los fragmentos restringidos de capital medio. Sólo puede alcanzarse centralizando al capital como una propiedad directamente social dentro del país. A su vez, la transformación

íntegra de la renta de la tierra en este capital centralizado implica la abolición de la propiedad privada territorial. De modo que la transformación en cuestión sólo puede realizarse bajo la forma política concreta de la abolición de las clases capitalista y terrateniente, dentro del ámbito nacional. O sea, sólo puede realizarse bajo la forma política concreta de una revolución social que transforme a la clase obrera en propietaria colectiva del capital concentrado, bajo la forma jurídica de capital estatal.

Se trata, pues, de que la clase obrera tome conscientemente en sus manos el ejercicio de las potencias que genéricamente le corresponden, como personificación del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Pero no se trata de una potencia abstracta, ni mucho menos de una que brota de su sola conciencia. Por el contrario, ella brota de la determinación de la conciencia de la clase obrera como atributo enajenado en el capital.

La potencialidad del desarrollo de las fuerzas productivas mediante la centralización absoluta del capital es un hecho. Más aún, cuando se la potencia con la apropiación de la renta de la tierra. Pero nada dice que esta potencialidad pueda estar recortada concretamente por un espacio nacional de acumulación del tamaño del argentino. Más bien, el grado y la forma de concentración necesarios para competir en el mercado mundial, hoy día, lo exceden visiblemente. Allí, los mismos capitales que al interior de la Argentina actúan como capitales de monto particularmente restringido, actúan con la escala propia de capitales cuya concentración ha pasado por encima de toda restricción nacional. Más aún, cuentan a su favor con la explotación de la diferenciación internacional del precio de la fuerza de trabajo. Lo que para el capital centralizado sobre una base nacional se presenta como el límite a la escala de su acumulación, para estos capitales es una fuente que la multiplica.

La sola magnitud de la transformación social en potencia hace evidente que la misma no puede tener lugar restringida a la Argentina, sino que necesita tomar la escala de una transformación que alcance a toda la clase obrera de América Latina. Cosa que no tiene nada de sorprendente si se considera que la acumulación de capital presenta, en la generalidad de ella, la misma modalidad específica vista.

Para la clase obrera argentina, la ampliación de los ámbitos nacionales en el curso de disolverlos no sólo guarda el interés que genéricamente tiene para toda la clase obrera. Tiene un interés específico que hace directamente a su reproducción como clase obrera en activo. No se trata de una cuestión discursiva, sino de una condición material que sólo puede ser producto de la acción política inmediata de la clase obrera.